

Los elefantes del Kilimanjaro (5/7)

Por Falso

10.

Lunes 30 de octubre. 2006

-¿Qué quieres? -me gritó Ximena.

-Que me abras.

-No quiero. Ya. Vete a hacer lo que te dé tu chingada gana. No te voy a abrir la puerta.

-Pero es que necesito vaciar la memoria en la iBook.

-Pues borra las pinches fotos que tenga, ¿no puedes? No te voy a abrir la puerta, Dustin.

-¿Qué tienes? -pregunté, esperando a que explotara. Se quedó callada.

Entré en el baño. Me eché un poco de agua en la cara y respire hondo. Salí del cuarto corriendo hacia la calle que desemboca en la carretera. Una camioneta se frenó al verme. ¿Periodista?, gritó el chofer. Sí, contesté y me eché a correr para treparme a la caja. La camioneta arrancó. Atrás veníamos puras personas con cámaras. No los vamos a dejar pasar, me dijo un chavo a mi lado. Su sonrisa estaba llena de excitación. Me senté a escuchar el avance de las llantas sobre el asfalto y comenzó a dolerme el estómago, no había desayunado nada. Después de un rato, sentí cómo la camioneta se salió del camino, empezamos a brincar por la irregularidad de la tierra hasta que nos estacionamos. Todos bajaron de inmediato.

Unas cien personas estaban frente a una valla de policías federales, con casco, escudo y tolete. Detrás de

ellos, una decena de tanquetas de agua. El sol les daba en la cara. No nos lastimen, gritaba la gente con una emoción que no comprendía. Me tranquilizó ver que los policías no se movían, estaban quietos, fríos. Yo volteaba a ver a los otros periodistas que habían llegado conmigo. Tomaban fotos, intercambiaban palabras con la gente. Uno de ellos, con barba cerrada, se fijo en mi mirada extrañada. Con la cabeza me señaló al grupo de personas, indicándome hacia dónde debía mirar. Saqué la cámara y vi el último de mis retratos de la noche anterior. Lo borré. De hecho, a cada foto que tomaba, borraba cada uno de mis autorretratos nocturnos. Una señora se enfrentó con uno de los policías, quería entregarle una flor blanca. El policía volteaba a ver a su compañero al lado, quien sólo permanecía con la mirada hacia el frente, estático. Eso es, lloras porque eres sensible, gritaba la señora, eres pueblo como nosotros, tienes hijos seguramente. Yo trataba de mirar a los ojos del policía para saber si las lágrimas eran ciertas, el reflejo del sol no me dejaba. Tampoco quise acercarme demasiado. La señora invadió su espacio y colocó la flor entre el chaleco y el uniforme del policía. El estómago comenzó a dolerme de nuevo. Pero nadie se movió. Otro policía retiró la flor y la aventó hacia atrás. Un rato después, mientras yo tomaba fotos a la gente que se agregaba a un ritmo constante, las tanquetas comenzaron a sonar sus cláxones. Me eché a correr como los demás periodistas, con la cámara hacia los policías que poco a poco se comían la carretera. Todos avanzábamos en la dirección de ellos, al tiempo que volteábamos a verlos, unos gritaban consignas y otros tomábamos fotografías.

Así trotamos hasta la altura del tianguis de automóviles. Un sector de la gente comenzó a ofrecer resistencia. Poco antes un chavo había logrado poncharle las

llantas a una tanqueta. Dejamos de verlo, desapareció en una colina. A esa altura ya comenzaba a picarme el cuerpo, a lastimarme la rozadura de la mezclilla con mi piel humedecida por el trote, me arrepentí de no haberme bañado. Sentía el cabello pesado y molesto. El sudor me escurría por las patillas y el fleco. Cuando me detuve a limpiarme la cara con la manga de la playera, escuché el sonido seco de palos y piedras que caían sobre la pared policíaca. Corrí hacia el grupo de periodistas. El chavo de barba me ofreció de su botella de agua. Al devolvérsela corrió hacia donde una señora gritaba que habían golpeado a su hijo con un tolete. Conforme el ritmo de las piedras volando crecía, los pitazos de las tanquetas aumentaban. Empezaron a soltar chorros de agua y lograron mover a la gente que ofrecía mayor resistencia. Algunos gritaban que les ardía la piel. Me alejé para no mojarme pero sin perder un buen ángulo. Era difícil concentrarse en algún objetivo, cualquier descuido podría provocar la caída de alguien. Después del sonido de un helicóptero, todos corrimos hacia todas partes, tropezándonos. La piel comenzaba a picarme, no sabía si era mi sudor o el agua que había alcanzado a bañarme. Cuando por fin pude enfocar, era difícil ver por la bruma de nuestro vapor corporal y el gas lacrimógeno que comenzó a soltar el helicóptero. Me detuve a enfocar en cuclillas, borré una foto en donde enseñaba la lengua. La corretiza y los gritos de reclamo, el gas, el sonido seco de los palos, me congelaron. Una señora cayó encima de mí. Se levantó y continuó gritando que eran unos represores. El chavo de barba se acercó a mí, me ayudó a levantarme. Luego me dijo que la policía había empezado a replegarse, que seguramente escogerían otra ruta. Vente, dijo, me entregó su botella de agua y se echó a correr. Lo seguí con la mirada, tosí y luego traté de

alcanzarlo. Corrí un par de kilómetros, mis rodillas comenzaron a doblarse, sentía que la mugre de mi cuerpo empezaba a comerme y me detuve. Tenía dolor de caballo por haber respirado por la boca. Me uní a un grupo de jóvenes que trotaban hacia el centro. Detrás de nosotros seguían escuchándose los gritos, los pitazos y los golpes secos, intermitentes, contra la valla.

Un grupo de seis personas llegamos caminando a la altura del tecnológico del estado. De lejos alcanzaba a verse un conjunto nutrido de personas antes de cruzar el puente. Corrimos hacia allá. Una señora me entregó un pañuelo, me lo amarró para cubrirme en la boca. Seguí a los otros y entramos en un patio en donde un señor nos echó agua con una manguera. Había personas que se detenían a hablarme pero yo no entendía muy bien las palabras. Me sentían parte de ellos. Los pitazos empezaron a escucharse a lo lejos y la gente gritaba al unísono. La excitación era contagiosa, por un momento me entraron ganas de no dejarlos pasar. A medida que las tanquetas se acercaban, más gente salía de sus casas. Al parecer la gente en la radio los había estimulado a agregarse. Fuera el gobernador, gritaban varios, fuera el represor. Yo saqué la cámara y borré todas mis fotografías. Las tanquetas llegaron al otro lado del puente. Comenzaron a volar bombas molotov, piedras, palos. Chorros de agua del otro lado, detonaciones ocasionales, gas lacrimógeno.

El enfrentamiento duró varias horas. La mayor parte del tiempo estuve lejos, tomando fotos panorámicas. El gris era el color predominante, planas las imágenes, ausentes de contraste. Algunos destellos de fuego en el aire. Al atardecer, volví a ver a mi colega de barba corriendo hacia el interior de una calle. Lo seguí. Una veintena de personas

rodeaban un bulto. Pronto lo enfocaron una docena de cámaras. Justo cuando llegué, una señora tomó la cobija de lana de una de sus puntas y nos mostró un cuerpo frío, morado, con los ojos cerrados y los labios hinchados. Me di cuenta de que era el primer muerto que veía en mi vida. Todos nos quedamos callados. Al segundo: Asesinos, comenzaron a gritar, gobernador asesino. Ya era de noche. Yo di varios pasos hacia atrás. Volteé hacia el puente y la gente también empezaba a retroceder. Tenía el estómago revuelto. Al fondo alcancé a visualizar la calle Madero. Corrí hacia allá, y al doblar, no me detuve hasta estar a dos cuadras del cuarto. Mi cuerpo estaba empapado en sudor, puse mi mano en el pecho, mi corazón latía con prisa. La piel me ardía bajo la ropa. Caminé hacia el cuarto, sintiendo cómo, poco a poco, la frente se me enfriaba. Al fondo, los pitazos y los gritos.

Entré en el cuarto y la puerta de la recámara estaba abierta. La cama, vacía. Aunque mi cuerpo necesitaba un regaderazo urgente, me aventé al colchón. Las carreteras están cerradas, pensé, Ximena debe estar en casa de mis padres. Cerré los ojos. Esa cobija de lana, de trama roja y negra, era la única imagen en mi mente. El hueco en el estómago, la prisa en el pecho. La comezón invadía cada centímetro de mi cuerpo. Soy una especie de héroe, pensé, mañana podré resolverlo todo.

11.

Martes 31 de octubre. 2006

Despierto solo, envuelto en sudor. Las sábanas están en el suelo. He dado vueltas por la cama más de doce horas por más de un día. Por fin me baño. Le marco a Ximena, su celular suena en la mesa del comedor, no se lo ha llevado.

En casa, me recibe mi mamá con cautela. Pásale, dice, pásale rápido. Le pregunto si le pasa algo y me dice que tiene menos de diez minutos de haberse ido una camioneta de la policía.

-Oye mamá, ¿no ha venido Ximena?

-Sí amor. Vino ayer con Javier. Agarró la mochila que dejaste cuando llegaron y se fueron a su casa.

-Qué pinche alivio. Voy para allá entonces.

-Oye, Dustin, espérate. Dile a tu hermano que no salga de su casa, por favor.

-¿Qué pasó?

-Es que hace rato la policía llegó preguntando por él. Traían la fotografía de una barricada y tu hermano salía saludándolos de mano. El policía me lo señaló y me preguntó si era mi hijo Javier. Le dije que no, pero el policía insistió, me explicó que la foto era de una vecina y que ella misma había ofrecido los nombres y las direcciones de quienes salían en la foto. Le dije que no, que esa vecina estaba pendeja. Dile que no venga, no vaya a ser la de malas.

-Sale ma, yo le digo.

Entro a la cocina a servirme un poco de agua. Abro el refrigerador y me doy cuenta que no he comido en dos días. Mi madre se acerca, me ve la cara, saca dos huevos y comienza a prepararme el desayuno. Yo no me niego.

-Yo no quería esto, hijo, la verdad. No puedo creer que estén persiguiendo a la gente. Yo lo único que quería es que las cosas volvieran a la normalidad. No teníamos ni agentes de tránsito. Cualquier uniforme era blanco de piedrazas y mentadas de madre, eso estaba muy mal, por donde lo vieras. Un día atraparon a un ladrón en la central de abastos. Cuando lo alcanzó la gente, le pusieron una tranquiiza y luego lo amarraron y lo exhibieron como animal. ¿Eso quería la gente?, ¿Qué todos no hiciéramos justicia por nuestra propia mano? ¿No es eso una especie de retroceso?

No encuentro argumentos para defender nada. Además tengo mucha hambre y la salsa que pone en la mesa huele a pasilla y a gloria.

-¿Qué pasó con Ximena? -me pregunta mientras me sirve y se sienta a mi lado.

-Nada, pues terminamos por fin.

-Eso está claro, pero ¿por qué?

-No lo sé mamá. ¿Cómo voy a saber?

-Está bien, no tienes por qué contarme, a veces siento que es mi culpa.

-Mamá, no manches.

-No, hijo, espera. A veces pienso en Javier que está todo solo. Y ahora tú que ya te cansaste de una muchacha muy inteligente y guapa. No sé por qué no pueden casarse. Pienso que es porque yo les hice falta.

-No mamá, cómo crees, ya párale con eso.

-No, mira, escúchame. Siento que tienen miedo a tener una relación porque piensan que los van a abandonar, como yo lo hice. Créeme, hijo, me arrepiento todos los días de haberlos dejado con tu padre esas vacaciones.

-Yo ni me acuerdo, mamá. No tienes que disculparte de nada.

-Lo que pasa es que me sentía atrapada con tu padre. Siempre tenía el control de todo, menos de mí. Me emborrachaba con mis amigas del trabajo, cenaba con la gente de mi oficina, aceptaba regalos de mis jefes y tu padre ni en cuenta, siempre haciéndose la víctima. Un día uno me encandiló.

-¡Ay mamá!, no puedo creer que me estés contando esto.

-Espérate, hijo, quiero explicarme. Me fui con él pero todo el tiempo pensaba en ustedes. No me cabía que hubiera sido capaz dejarlos. Desde entonces trabajé mucho para que no les faltara nada. Me concentré en la oficina y perdí la noción del tiempo, de pronto ya eran unos adolescentes temerosos. Me había aburrido tu padre, no ustedes, sentía que me estaba perdiendo de algo allá, en el mundo real, fuera de la casa. El trabajo fue mi vida el resto del tiempo.

-Te entiendo mamá, no te culpes -le digo. Y la verdad es que sí la entiendo. Me doy cuenta de que mi padre no tiene por qué estar preocupado, no soy como él, a quien me parezco es a mi madre.

Llego a casa de Javier. Me abre y subimos hasta su departamento.

-¿Cómo te fue de reportero?

-¿Y Ximena?

-La dejé hace una hora en el ADO.

-¿Estás pendejo?

-No, no estoy pendejo. El domingo mientras tú le hacías al reportero, fui a tu casa a asegurarme de que no hubieras cometido esa pendejada. Ximena estaba muy indignada contigo, me dijo que le habías dicho cosas horribles una noche antes,

yo que sé, no quise meterme. Me preguntó si se podía quedar acá mientras se podía salir de la ciudad, quería largarse cuanto antes. Le dije que sí, ni modo que no. Pensé que en cuanto vieras que no estaba en tu cuarto, vendrías corriendo por ella. Como vi que no te interesaba, pues no intenté convencerla de nada.

-Qué pendejo eres Javier. No mames, ¿te dijo si iba a llegar con su mamá?

-Ya, cálmate. ¿Que no querías que se fuera? Desde que llegaron era obvio que no la querías a tu lado. No sé porque le dijiste que te acompañara. No sé porque te acompañó, la verdad. Ya no le hagas al cuento. Si no la quieres encontrar, ni la busques.

-Pero no mames, no la puedo dejar así.

-¿Por qué?, ¿porque se fue odiándote? ¿Porque sientes culpa? Me contó lo que yo también sabía, que en vez de estar investigando, has estado merodeando a la hija del veterinario. Pues ella no estuvo muy a gusto con eso, cabrón, aguantó un chingo de hecho. Por cierto, ¿qué pedo con ella eh?

No puedo creerlo, me entran ganas de empujarlo. Quiero decirle que no es cierto lo de Clara, pero esa salsa de mi mamá comienza a revolverme el estómago de nuevo.

-Ya vete a tu casa Dustin, duerme un rato, mañana me cuentas toda tu hazaña. Ya puedes estar tranquilo. Ximena por fin tuvo los huevos de dejarte. No se mostró arrepentida de venir a Oaxaca, me dijo que le sirvió para darse cuenta de que no quería estar contigo más, de qué es lo que realmente le interesa. Me da gusto, la verdad, por ti y por ella.

Me entran ganas de correr, agarrar el coche y manejar hasta México. Pero para qué. Mi estómago. Clara regresa

mañana de Nopala, no haré nada hasta que hable con ella. Qué mierda, en qué chingados estoy pensando.

-Oye güey, dice mamá que no salgas para nada. Llegó la policía a preguntar por ti, una vecina te identificó en una foto.

-No manches, me lleva la chingada.

-Sales saludando al Pelón y al Costal.

-Pues sí, no mames, a veces me quedaba toda la tarde platicando con ellos. Puta, sabía que eso iba a pasar. Ahora no voy a poder ir a casa hasta que todo se calme. Quién sabe cuánto tiempo vamos a estar llenos de policías. Pinche madre, el gobierno federal debió haber anulado los poderes. Estábamos en la anarquía, pinche necesidad de sostener al gobernador, carajo. Seguramente pensaron que les podría pasar lo mismo. Qué pendejos.

-Pues dice mamá que va a venir a verte todos los días con papá. Que no tienes por qué moverte de aquí.

-Ya sé qué vecina fue. Me la pasaba insinuándole que era una retrasada. Es que me cagaba que defendiera tanto al gobernador, parecía que fuera su hijo.

-Bueno ya, no creo que pase nada. Sólo no salgas hasta que no haya resistencia. Seguramente después de que tomen C.U., perderán interés en perseguir a la gente.

-Míralo, y ahora cómo es que sabes tanto.

12.

Jueves 2 de noviembre. 2006

Ayer en la tarde comí con Clara. Me enseñó los boletos y me contó de todas las cosas que ya había enviado en barco. Le dije que no estaba seguro de ir con ella, que por favor me diera una semana para pensarlo. No, no, no, dijo ella, imposible, mañana nos vamos. Le expliqué lo de Ximena y ella comenzó a hacer muecas. No, Dustin, tienes que venir conmigo, ya habías decidido.

-Una semana nada más, además me dijiste que fuera sólo si estaba seguro.

-Olvida lo que dije. Ahora soy yo la que está segura de que vengas, por favor, ven conmigo. Vas a volver pronto -me dijo levantándose las gafas.

-Pero es que me voy a sentir un mierda si me voy.

-¿Por qué?

-Pues, no sé, es muy repentino. Quiero ver antes a Ximena.

-Así tiene que ser, ya la verás después y te contará su vida. Por favor, este viaje es impostergable. Todavía no puedo explicarte muy bien, pero ven.

-Pero no te entiendo, ¿que no te vas a casar?

Suspiró, se quitó las gafas, pasó una mano por su cara y con la otra se peinó el cabello.

-Si te quedas es por culpa. ¿Qué te cuesta venir a averiguar lo que quiero para ti en este viaje? Va a superar lo que imaginas, te lo prometo. Si no vienes me voy a sentir muy mal.

-Pero es que Ximena...

-No me preocupes Dustin, ¿vas a venir conmigo verdad?

-Tengo que verla...

-Ya no la quieres, si la buscas va a ocurrir lo mismo, ya no te interesa. No le hagas eso.

Cuando volví al cuarto, marqué diez veces a casa de mi suegra. Nadie me contestó. Al acostarme, traté de recordar el tiempo que estuve con Ximena. Después de analizarlo, me encontré con una pared con varias pasadas de pintura. Tras resquebrajar la primera capa, el muro comenzó a mostrarme fantasmas y confusiones, indecisiones encimadas una sobre otra. Acumulaba capas y capas que tuve que escarapelar para ver a la verdadera Ximena, la perspicaz, la que cuestionaba todo incluso sin hablarlo, con los gestos, con las cejas. Vi su cuerpo espigado, su piel erizada al pasarle mi mano por la espalda. Su forma de caminar por la escuela, siempre con la mirada arriba, con resortes en las suelas.

El cuarto se redujo. Apareció en mi mente el bulto envuelto en esa cobija de lana. Me senté a escribirle a Ximena. Contuve el impulso de redactar un mail azotado y me levanté. Di vueltas alrededor del cuarto con esa prosa quejumbrosa alrededor de la mente, y la ansiedad se apoderó del ritmo de mis pasos. No lo mandé. Lavé los trastes e hice mi maleta. A pesar del sueño que cargaba, mis brazos no encontraron el aire para estirarse y así, entumido, me eché a la cama y dormí por un siglo, un siglo de ocho horas espesas y sudorosas.

Hoy amanecí más tranquilo, abrí mis archivos y me puse a escribir. Ahora guardo la iBook en la mochila. Le empuñé el Pointer a Lepe, toco mi bolsillo, siento la textura de mi tarjeta de débito y suspiro. El pasillo fresco y oscuro se

dibuja debajo. Olor a polvo y humedad, los párpados se me hinchan. Bajo, escalón tras escalón, hacia un patibulario emocional. Una de mis cabezas está a punto de rodar. Abro la puerta hacia la calle. El viento frío me mece los cabellos, me frota la cara. Ya dentro del taxi, comienza a llover, los contornos de los objetos y de las personas se difuminan, se escucha el repiqueteo de las gotas en el toldo.

II. Los Elefantes del Kilimanjaro

Abro los ojos. Ya llegamos al aeropuerto Portela, me dice Clara emocionada, estamos en Lisboa.

Todavía con el antifaz puesto, voltea su cuerpo hacia mí. Me desabrocho el cinturón, me acerco y le beso en los labios. Se quita el antifaz, sus ojos negros tiene un brillo nuevo. Me sonrío.

Después de media hora de esperar nuestras maletas, salimos y Clara me señala a Rogerio. Una docena de fotógrafos lo rodean. Él, de traje blanco, con la piel apiñonada y peinado afro de veinte centímetros, ve hacia un rincón lejano del aeropuerto. Por su mirada, podría pensar que algo se le ha perdido. Voltea hacia nosotros y ve a Clara, la cara se convierte en una sonrisa. Su dentadura es demasiado blanca. Ella suelta sus maletas y va a abrazarlo. Se toman de la mano después de un beso. No puedo creer que esté presenciando esto. Dónde estará Ximena, por que calles andará caminando. Unos guaruras agarran nuestras maletas y se echan a correr con ellas. Volteo a verlos y Rogerio me toma del brazo. Entrecierro los ojos, no tolero su sonrisa.

-Dustino, cabrón, ¿listo para África? -me dice impostando el acento mexicano.

Los reporteros comienzan a acercársele demasiado. Rogerio comienza a correr de la mano de Clara para deshacerse de ellos. Los sigo. No sé hacia dónde vamos.